

FRÉDÉRIC LENOIR, *El milagro Spinoza. Una filosofía para iluminar nuestra vida*, trad. de Ana Herrera, Ariel, Barcelona, 2019. 166 pp. ISBN 978-84-344-2966-6.

Católico, defensor manifiesto del actual Papa (*François, le printemps de l'Évangile*, 2014) y profundo admirador de la alegría del Evangelio que ha sabido traducir como en estas páginas en un elocuente evangelio de la alegría (*Las metamorfosis de Dios*, 2005; *El poder de la alegría*, 2015), amplio conocedor de la historia comparada de las religiones (*El Cristo filósofo*, 2007; *Breve tratado de historia de las religiones*, 2008), el sociólogo francés Frédéric Lenoir es escéptico, en su libro *El milagro Spinoza*, respecto al supuesto racionalismo absoluto del filósofo judío. No obstante, Lenoir no se arroga la última palabra sobre Spinoza, sino que más bien usa como pretexto para escribir sobre Spinoza la idea supuestamente spinoziana tomada como premisa de que “nuestros pensamientos y sentimientos están ligados íntimamente”, lo que sirve para “iluminar su pensamiento mediante su vida” (14). Sin embargo, la apología que Lenoir hace de la unidad de la vida y de la obra en Spinoza está estrechamente relacionada con su propia lectura carismática de la integridad y la honestidad del filósofo que se corresponde respectivamente con las dos partes en que se divide el libro, ‘El revolucionario político y religioso’ y ‘El maestro de sabiduría’. Aparentemente Spinoza llevaría a cabo una lectura “totalmente desapasionada” de los acontecimientos debido a que “no juzga en absoluto los actos humanos” (16-17). De ello se deduce que la acción no es el núcleo de la ética ni siquiera de la *Ética* de Spinoza. La clave de la *Ética* sería, por el contrario, la comprensión de que lo real es “totalmente inteligible”. Inteligible quiere decir racional. Así el racionalismo ético de Spinoza es absoluto al menos de una manera implícita en que Lenoir se contradice.

Considerado como el fundador de la exégesis bíblica y de la historia de las religiones, hablante del flamenco, el español y el portugués, lector del hebreo bíblico, el arameo, el griego y el latín, así como del italiano, el alemán y el francés moderno, Spinoza, que acabaría siendo condenado por las tres religiones monoteístas oficiales, ha inspirado la Ilustración europea y judía. A los 23 años fue separado de la Sinagoga de Ámsterdam tras un *herem*. Spinoza defendía que “Dios no se había revelado y que solo existía filosóficamente, que la Ley judía era falsa y que el alma no sobrevive al cuerpo” (31). Obligado a abandonar la casa familiar y romper la relación con sus hermanos Rebecca y Gabriel, Spinoza únicamente

pidió llevarse catorce de los libros de su pequeña biblioteca personal y la cama con baldaquino en que había sido concebido. A causa de su carácter antirreligioso y su posición prorrepblicana a favor del liberal Johan de Witt durante el dominio de la casa de Orange y el predominio calvinista, varios años después de sus estudios de latín con su maestro predilecto Franciscus Van den Enden, que finalmente moriría colgado en la Bastilla en 1672 por conspirar contra Luis XIV, Spinoza pretendería a su hija Clara-María que acabó rechazándole por un estudiante luterano alemán llamado Kerkering dispuesto a convertirse por ella al catolicismo. A lo largo de los años de composición de la *Ética* entre 1660 y 1675, Spinoza se dedicaría a escribir de manera ininterrumpida entre 1665 y 1670 su *Tratado teológico-político*, siendo ulteriormente censurado y condenado por el tripartito religioso. Spinoza llegaría a publicar clandestinamente el *Tratado teológico-político* con la ayuda de Johan de Witt, que acabó siendo asesinado a golpes, ahorcado y despedazado junto a su propio hermano. En 1669 Spinoza se lamentaría también de la muerte violenta de su amigo Adriaan Koebargh que había escrito una crítica feroz contra el cristianismo. En unas de las visitas de Leibniz le confesaría incluso que estuvo a punto de colgar en la calle un cartel con el lema *Ultimi barbarorum*, los últimos bárbaros.

“La libertad de filosofar —escribió Spinoza en su *Tratado teológico-político*— no amenaza la verdadera piedad ni la paz en el seno de la comunidad pública” (44). Y añadía: “Su supresión, por el contrario, desencadenaría la ruina de la paz y de toda piedad”. La filosofía era entonces una actividad ingenua o inocente respecto a las acusaciones de impiedad y desorden público. En realidad, la fe es la condición de posibilidad para la vieja *libertas philosophandi* en la medida en que la libertad de filosofar es la prueba de la validez y eficacia de la fe, así como de la fuente y potencia creadora de la fe verdadera. La fe ligada a la ley judía, pues la Biblia enseñaba para Spinoza la justicia y la caridad, exige obediencia, mientras que la filosofía aspira a la verdad. Podría decirse que en Spinoza la razón lee la Biblia. De hecho, “a través del conocimiento de la naturaleza y de sus leyes —dice Spinoza— el filósofo accede al conocimiento y el amor de Dios” (51). Al reconocer que no hay una “elección divina” en lo que respecta al pueblo judío, Moisés trata de establecer la ley divina a través de la razón. La verdad es que Spinoza “relativiza toda la moral tradicional” (124) al sostener, en el núcleo de la *Ética*, que algo es bueno porque lo deseamos y, sin embargo, no lo deseamos porque es bueno. Advierte que la falta de libertad nos obliga a protegernos del exterior llegando a inventar una concepción individual no ya del bien y del mal, sino de lo bueno y de lo malo. El problema que presenta Spinoza es, de acuerdo con Lenoir, su negación del libre albedrío considerando que defiende desde el principio el libre albedrío como la posibilidad para perseverar en el ser de cada cual. De ahí que llame a la salvación beatitud. En primer lugar, debe entenderse que la libertad no es el libre albedrío; en segundo lugar, dice Lenoir, solo Dios es libre porque no depende de ninguna causa; y, por último, el hombre es libre en tanto que actúa de acuerdo con su propia naturaleza o esencia y no de acuerdo con causas externas.

Leo Strauss fue el primero que reconoció en el modo geométrico de la *Ética* de Spinoza las señales de la persecución contra el filósofo judío en el significado oculto de sus proposiciones. Pero Lenoir aduce en contra de Straus una carta que Spinoza escribió a Henry Oldenburg en 1661 donde se dice: “Para hacer mis demostraciones claras y breves —escribía Spinoza—, no he podido encontrar nada mejor que someterlas a vuestro examen bajo la forma empleada por los geómetras” (Cita de François Gauvin en *Le Point*, octubre-noviembre de 2015, p. 18). No obstante, a diferencia de la privacidad en que se goza al menos de cierta libertad, la persecución organiza literalmente la escritura filosófica de tal modo que lo que el filósofo quiere decir depende literalmente de lo que no dice, y no de lo que intuye o deja intuir. Curiosamente, Spinoza creía, siguiendo a Descartes, quien también había sido perseguido, que el mundo puede ser explicado matemáticamente.

En su *Ética*, que parte de la comprensión de que el conocimiento natural del espíritu es el conocimiento divino, Spinoza distingue tres sentimientos que son la base de los afectos: el deseo o *conatus*, que no debe confundirse con la voluntad, ya que la voluntad es el esfuerzo del espíritu o el deseo espiritual, la alegría y la tristeza. “El objetivo de la ética spinozista consiste —escribe Lenoir— en organizar la vida mediante la razón para disminuir la tristeza y aumentar la alegría hasta la beatitud suprema” (103). Así que “no hay que suprimir o disminuir el deseo, sino orientarlo mediante la razón” (116). Del mismo modo “la sabiduría no es un deber”, sino que sirve para “vivir cada vez más en la alegría” (111). El principio de la razón autosuficiente pondría efectivamente de manifiesto que la razón puede explicarlo todo, aunque la vía del conocimiento según Spinoza va desde la imaginación, que no es más que la opinión que representa lo que hay en la propia imaginación, pasando por la razón, que hace referencia a las “naciones comunes” que comparten los seres humanos y sirven para que cada uno pueda distinguir lo bueno y lo malo para sí mismo, hasta la intuición, que hace posible la percepción de la relación de unidad entre una cosa finita y otra infinita, entre uno mismo y Dios.

Lejos de ser un ente de razón o un constructo prefigurado de la abstracción, el alma ya no es para Spinoza *anima*, sino *mens*, es decir, espíritu, a lo sumo una abstracción concreta, de modo que “todo conocimiento de uno mismo y de nuestro espíritu se realiza a través del cuerpo”. Para Spinoza no existe la dualidad clásica entre el espíritu y la materia, sino entre la alegría y la tristeza. En realidad el mundo está compuesto de materia, o extensión, y de espíritu, o pensamiento, por lo que es ambas cosas. El *Deus sive natura* implicaba la distinción escolástica entre naturaleza naturante, la esencia divina eterna e infinita que produce, y naturaleza naturada, todo lo real producido por lo anterior. Lenoir afirma controvertidamente que la máxima de que “cada cosa, según su potencia de ser, se esfuerza en perseverar en su ser” hace de Spinoza un precursor de la biología moderna. Le atribuye a Spinoza un “determinismo cósmico” influido por el estoicismo en el que no existe la contingencia; una concepción inmanente de Dios de acuerdo con la cual Dios no es anterior

al mundo ni está fuera de él, sino que es eterno con todas las cosas y todas las cosas son eternas con él; que prefigura el deísmo propio del siglo XVIII; que tiene en común con la filosofía india del *Advaita-Vedanta* el monismo; y que no es ateo ni materialista o espiritualista. Se considera que Spinoza ha preconizado la asimilación de los judíos, que es el precursor de la Haskala judía, especialmente para Mendelsohn, y que ha promovido indirectamente la ciencia del judaísmo característica del siglo XIX llegando a ser un garante para el sionismo que en el siglo siguiente aspiraría a crear el Estado judío. El rabino Jacob Gordin pensaba que Spinoza es uno de los fundadores del antisemitismo moderno. Spinoza dejó anotado que la experiencia demuestra que el odio de los judíos a las naciones es la clave de su conservación como pueblo. Basta decir que la paradoja de la vida y de la obra de Spinoza llega hasta tal punto que el primer ministro israelí, David Ben Guiron, propuso a Spinoza en 1953 como el padre fundador del nuevo Estado judío y, sin embargo, la respuesta de los rabinos no fue más que un rechazo absoluto.

Antonio Fernández Díez